

tan general, que las mismas gentes, que llenas de legítima indignación habían despreciado y depuesto á Ibn-Djähháf, acudieron á él para implorar su perdón y suplicarle que salvase la ciudad. Ibn-Djähháf les respondió desde luego que nada tenía que hacer con ellos; que había entrado en la vida privada; que si ellos sufrían, él sufría igualmente; que los temores de ellos eran los suyos y que no podía dar consejos á hombres divididos por espíritu de partido. Luego, tomando poco á poco un tono cada vez más dulce, añadió que si querían olvidar sus discordias y deponer sus ódios, si querían separarse de los Beni-Tahír y hacer de modo que éstos no los extraviasen con sus malos consejos, entónces él se los daría buenos, porque á ellos les constaba como habían vivido cuando él dirigía los negocios públicos y que con la ayuda de Dios, esperaba arreglar las cosas de modo que nó tuviesen guerra con el Cid, ni con nadie. Entónces exclamaron todos con voz unánime, que su único deseo era obedecerle, porque, decían: mientras vos nos habeis guiado todo ha marchado bien.

Ibn-Djähháf fué, pues, proclamado de nuevo presidente de la república en Febrero ó Marzo de 1094, pero los partidarios de los Beni-Tahír eran numerosos é influyentes y

se esperaba de ellos una resistencia tenaz. Ibn-Djahnáf tomó las medidas necesarias para reducirlos á la impotencia; é hizo firmar á los habitantes un acta, por la cual se comprometian á pagar al Cid el tributo acostumbrado, á condicion de que éste los dejaría en paz; al mismo tiempo rogó al Cid que se llegase á las murallas y dijese á los valencianos que no escucharia proposicion alguna hasta que los Beni-Tahír hubiesen abandonado la ciudad.

El Cid lo hizo así; pero los valencianos no se atrevieron á arrojar á ciudadanos de tanta consideracion. Entónces Ibn-Djahnáf, despues de conferenciar con sus partidarios más adictos y con Rodrigo, resolvió dar un golpe de mano, y encargó á Tecoronni, uno de sus oficiales, que fuese á prender á los Beni-Tahir, á cuyo efecto puso á sus órdenes un gran número de caballeros y peones. A la aproximacion de estas tropas, los Beni-Tahir abandonaron su hotel, que no tenia condiciones de seguridad, para refugiarse en el de un faquí, rodeado de altas murallas, donde podian proveer á su defensa hasta tanto que se diese el aviso en la ciudad y viniesen sus partidarios á defenderlos. Tecoronni, no queriendo perder el tiempo en escalar la muralla, mandó quemar las puer-

tas; sin embargo la gente del pueblo bajo comenzaba á agruparse: de meros espectadores se convirtieron bien pronto en actores y subiendo al techo del hotel, arrojaron una multitud de piedras sobre los Beni-Tahír que estaban en el pátio, obligándolos de este modo á retirarse bajo los pórticos. Luego derribaron las puertas y mientras el pueblo saqueaba el hotel, los soldados detuvieron á los Beni-Tahír, á quienes Ibn-Djähháf mandó poner en prision, hasta que, llegada la noche, los entregó al Cid. Al dia siguiente por la mañana la indignacion fué grande en Valencia; pero Ibn-Djähháf que habia logrado su propósito, no hizo caso de ella.

P. C. Monumental de la Alhambra
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

VII.

Puestas las cosas en vias de arreglo, Ibn-Djahnáf salió de la ciudad para celebrar una entrevista con el Cid. El obispo de Albarra-cin y muchos caballeros, creyendo que les traeria regalos, que no llevaba, salieron á su encuentro y le escoltaron con mucha cor-tesia hasta Villanueva, donde se hallaba Ro-drigo; éste le colmó tambien de atenciones y agasajos y aparentando tenerle el estribo, le abrazó, diciéndole que se quitase el *tailesan*, (1) distintivo de los cadis, y se vistiese el traje real que le correspondia como verdade-ro soberano de Valencia. Luego, esperando Rodrigo que su huesped le ofreciese algunas

(1) En el texto español hay *capirote*, palabra que designa una especie de gorro que cae sobre las espaldas y á veces llega hasta la cintura y aun mas abajo (véase el diccionario de la Academia española) y responde á las palabras árabes *tala* y *ta-leisan*, acerca de las cuales puede verse mi diccionario de los vestidos entre los árabes p. 254. 262, 278, 280.

joyas de Cadir, trató con él de varios asuntos mas viendo que sus deseos no se lograban, dejando su afabilidad, cambió de tono, prometiendo á Ibn-Djahláf su amistad y proteccion pero bajo condiciones. De condicion en condicion lo fué llevando á que le cediese todas las contribuciones de la ciudad y del campo, que el Cid haria cobrar por su propio almojarife, reduciendo de este modo á Ibn-Djahláf á la nada; á menos que un simple cobrador de impuestos como lo habia sido Cadir. Aunque á su pesar, consintió el cadí en estas pretensiones humillantes; pero el Cid entónces le hizo otra nueva y quiso que le entregase su hijo en rehenes. Ibn-Djahláf palideció al oír estas palabras; pero procurando dominar su emocion, respondió que le entregaria su hijo. «Pues bien, le dijo entónces el Cid, volved mañana para firmar un tratado en que se expresen estas condiciones». Dicho esto, despidió á su huesped: el desdichado cadí volvió á Valencia con el corazon traspasado de dolor. «Ahora veia, dice el autor árabe á quien seguimos, la imprudencia que habia cometido al arrojar á los almoravides de la ciudad y al fiarse en hombres de religion diferente.»

A dia siguiente, el Cid que no veia venir al cadí, le mandó á decir que le esperaba,

pero no conocía á Ibn-Djahláf, quien apesar de sus muchos defectos, tenia sin embargo entrañas de padre. Por satisfacer su orgullo, por gozar, aunque fuese solo de la sombra del poder, hubiérase sometido á las mayores humillaciones; pero su vanidad no llegaba hasta el punto de sacrificar á su hijo, y entregarlo á Rodrigo, á su juicio, era sacrificarlo: por tanto, contestó á este último que prefería perder la cabeza á cederle á su hijo: entonces el Cid le escribió una carta, diciéndole, que puesto que faltaba á su promesa, nunca mas sería su amigo y jamás por nada le daría crédito. Esta desavenencia se hizo más grande cada dia: el Cid mandó á Tecoronni que abandonase la ciudad y se fuese á la fortaleza de Alcalá; Tecoronni, no se atrevió á desobedecer esta orden y partió: al mismo tiempo el Cid llenó de honores á los Benitahir, sus prisioneros, los hizo abastecer de cuanto necesitaban y les prometió su apoyo.

Como era imposible un arreglo, pues ni Rodrigo ni Ibn-Djahláf querian ceder, comenzó de nuevo la guerra, que fué para los valencianos una terrible desgracia. Los soldados del Cid se aproximaban cada dia mas á la ciudad; y al fin se acercaron tanto, que llegaron á apedrearse con las manos, y las flechas tiradas de un lado del recinto de la

muralla, caían al lado opuesto. En la población, el precio de las casas y de los muebles descendía de día en día, pues todo el mundo quería vender y nadie comprar. El de los viveres por el contrario aumentaba con una rapidez asombrosa, el *cahiz* de trigo, que en el mes de Octubre costaba solo doce dinares, y eso que estaba ya á muy alto precio, subió sucesivamente á diez y ocho, cuarenta y hasta ochenta dinares. En cuanto á la carne, no la habia: se habían estado alimentando durante algun tiempo con la de bestias de carga; pero agotados estos recursos, comian ahora animales inmundos y aun estos eran necesario pagarlos muy caros; una rata costaba una moneda de oro (1): el alimento se habia hecho tan raro que se buscaba el orujo de uva en los albañales y en las cloacas. De ordinario, una multitud de hombres, mugeres y niños espiaban el momento de abrirse una puerta y entónces se precipitaban en el campamento de los cristianos. Estos los dividian en tres categorías: la primera comprendía los que estaban completamente estenuados, los cuales eran muertos en el acto: la segunda se componia de los que aun no lo estaban del todo y estos eran vendidos á

(1) *Kitab-al-ictifa.*

los moros de al-Cudia por un pan ó un jarro de vino; por último, habia gente que pertenecía á la clase acomodada, y que en su consecuencia disfrutaban de muy buena salud, y á esta la compraban los mercaderes de esclavos, que habian acudido en gran número del otro lado del mar.

Solo Ibn-Djahláf parecia no preocuparse de la general miseria: como los Beni-Tahir estaban fuera de la ciudad, y los otros tres patricios, cuyo poder hubiera podido contrabalancear el suyo, acababan de morir, disfrutaba de una autoridad, que nadie se atrevia á disputarle. Completamente desbordado, imitaba á todos los reyezuelos andaluces, tan indolentes y voluptuosos como espirituales y amantes de la literatura, á quienes Yusuf, el almoravid, habia despojado de sus tronos. Rodeados de poetas, discutia con ellos acerca del mérito de los versos que le recitaban: se entregaba á toda clase de placeres y se burlaba de las que venian á quejarse de sus sufrimientos. Se apropiaba los bienes de los que habian muerto de hambre, y tampoco respetaba las posesiones de los desdichados, que arrastraban una vida enfermiza. La prision y el látigo esperaban á los que se atrevian á oponer alguna resistencia.

Así, los revolucionarios eran víctimas de

todas las plagas. Ibn-Djahhaf los oprimía, el hambre los diezmaba, los cristianos les daban muerte; podrian aplicárseles, dice un autor árabe los versos de un antiguo poeta:

Si voy á la derecha el rio me ahogará,
si voy á la izquierda el leon me devorará,
si voy hacia adelante moriré en el mar,
si voy hacia atrás el fuego me quemará.

El vanidoso tirano comprendió al fin que era necesario hacer algo y resolvió implorar el socorro del rey de Zaragoza, á quien con este objeto le escribió una carta muy humilde, pintándole en ella los horribles sufrimientos de los valencianos; pero tratábase de saber que título se le daría, si el de rey ó de señor; porque si se le daba este último, se le reconocia por soberano. Ibn-Djahhaf convocó asamblea para consultarla sobre este delicado asunto. Tres dias pasaron deliberando y despues de pesar maduramente todo, se resolvió adoptar el título de señor á fin de que Mostain se decidiese mas pronto. Ibn-Djahhaf quedó muy contrariado con este decreto, al cual se conformó sin embargo, y envió su carta por medio de un hombre que salió de la ciudad secretamenté y de noche. Este hombre habia recibido del cadi la seguridad de que en cuanto Mostain viese las cartas, le daría vestidos, un mulo y un caballo; pero las

cosas pasaron de otro modo. Mostain que no queria indisponerse con el Cid, dejó trascurrir tres semanas sin hacer caso del mensajero que no se atrevia á regresar á Valencia, temeroso de que le condenasen á muerte, si volvía sin respuesta: al fin se colocó á la puerta del palacio, donde dió gritos tan lastimosos, que el rey no pudo ya finjir que ignoraba su estancia, y como los que estaban á alrededor le aconsejase que se desembarazase de aquel importuno pretendiente, Mostain mandó escribir á Ibn-Djähaf una carta que entre otras cosas, decia; antes de hacer lo que me pedís, tengo que ponerme de acuerdo con Alfonso á quien he escrito y que debe proveerme de un cuerpo de caballeria. Por lo demás, os invito á que tengais paciencia; á que os defendais bien y me deis de cuando en cuando noticias vuestras.

El mensajero volvió á Valencia con esta carta, que aunque daba pocas esperanzas, parecia aun indicar que Mostain tenia sus miras sobre la ciudad y que si se atrevia ó podia, haria algo por ella.

Ibn-Djäháf persistió, pues, en su propósito de no entregarse al Cid; hizo un registro en las casas donde creia que habia aún provisiones, se apoderó de cuanto encontró y solo dejó á los propietarios

viveres para medio mes. Cuando se quejaban de esta arbitrariedad respondía: que durante algun tiempo era necesario todavía sobrellevar con moderacion y sin murmurar las medidas impuestas por las circunstancias; que estaba seguro que el rey de Zaragoza vendria en auxilio de Valencia; que este rey se habia puesto ya en camino y que su tardanza era debida á que estaba reuniendo víveres para los valencianos. Luego, no pensando más que en acumular provisiones para sus guardias, continuó sus espoliaciones: algunas veces pagaba lo que tomaba; pero de ordinario no lo hacía, aunque lo hubiese prometido. Los que conservaban víveres, los enterraban; los ricos compraban á un precio enorme yerbas, cueros, nervios, electuarios; los pobres comian carne humana.

Ibn-Djahláf enviaba todas las noches mensajeros al rey de Zaragoza, quien mantenía sus esperanzas con vanas promesas; tambien habia pedido socorro á Alfonso, el cual le habia respondido que le enviaria á García Ordoñez, con una numerosa caballeria, y que él, en persona, iria muy pronto en su seguimiento. Habia encerrado en su carta un billetito, escrito de su mano, que debia ser enseñado á la asamblea de notables y

permanecer secreto para el pueblo, jurándole en él que vendría en auxilio de los valencianos, y diciéndole que los compadecía vivamente por sus privaciones y angustias. Ibn-Djahláf escribió también á los amigos íntimos del emperador, los cuales le prometieron todos venir en su socorro, en lo que, decían, no debía tener la más leve duda. Uno de ellos le escribió que el emperador quería construir una torre en al-Cudia, queriendo darle á entender, que Alfonso deseaba ganar tiempo á fin de ver el giro que tomaban las cosas. Ibn-Djahláf, sin embargo, no comprendió lo que esta expresión significaba, y aunque pidió la explicación de ella á su corresponsal, éste, que no quería declarar más su pensamiento, no le respondió.

Por su parte, el rey de Zaragoza envió dos mensajeros al Cid, bajo el pretexto de que iban á llevarle regalos, para suplicarle que usase más clemencia con los valencianos; pero el verdadero objeto de su misión era tener una entrevista con Ibn-Djahláf. El Cid no les consintió entrar en Valencia; sin embargo, encontraron medio de hacer llegar á Ibn-Djahláf una carta de Mostain, concebida en los siguientes términos: «Sabed que envío á pedir al Cid que no os oprima tanto,

y para que deje de hacerlo le he ofrecido un magnífico regalo: espero que accederá á mi pretension y tratará con vos; pero si no quiere hacerlo, estad cierto que entónces os enviaré sin tardanza un gran ejército, que lo arrojará del país: ya os regocijareis; pero que queden estas palabras en secreto.»

El Cid, sin embargo, pensó en buscar á Ibn-Djahláf, en la misma ciudad, un rival peligroso. Entró, pues, en tratos con un poderoso moro, llamado Ibn-Mochich, y le prometió que si queria rebelarse contra Ibn-Djahláf lo haría señor de Valencia, haciéndolo reinar hasta Dénia. Ibn-Mochich consultó á sus amigos que lo incitaron á aceptar esta proposicion; mas Ibn-Djahláf se enteró del complot é hizo arrojar tambien á Ibn-Mochich y á sus partidarios en una prisió y confió su guarda á dos oficiales de su confianza; no obstante Ibn-Mochich y los suyos consiguieron corromperles, diciéndoles que no tenian otra intencion que entregar Valencia á Mostain, que era, añadieron, el único medio de salvacion. Los prisioneros y los que debian custodiarlos, resolvieron entónces ir por la noche al castillo, tocar los tambores, proclamar al rey de Zaragoza señor de Valencia y detener á Ibn-Djahláf, en cuanto los habitantes de la ciudad se

reuniesen. Dicho y hecho: corrieron al castillo, tocaron los tambores, é hicieron subir á la torre de la mezquita á un pregonero que anunció que todos los habitantes debian reunirse; pero el pueblo, en vez de acudir quedó sobrecogido de espanto y de temor; nadie sabia de lo que se trataba, ninguno pensó más que en salvar sus casas y las torres. En el primer momento, Ibn-Djahláf experimentó un gran miedo; luego reuniendo sus soldados, recobró animo, marchó sobre el castillo y cayó sobre los rebeldes. Ibn-Mochich se vió abandonado muy pronto de los suyos, que procuraron salvarse con una pronta huida; siendo él el quinto de los detenidos. Ibn-Djahláf lo hizo meter en prision y mandó cortar la cabeza á sus cómplices. Enseguida, queriendo probar á Mostain que lo consideraba como soberano, le envió algunos caballeros para que le noticiasen lo ocurrido y le entregasen á Ibn-Mochich: tambien les ordenó que le trajesen noticias exactas acerca de las disposiciones del rey, que explorasen á sus cortesanos, y que no volviesen á Valencia, sino acompañados de Mostain.

Entretanto el hambre hacía en Valencia rápidos progresos: habia ya muchas semanas que el trigo no se vendia por *cahiz* ni por

fanega, sino por onzas ó á lo más por libras, y ésta costaba tres dinares. El pueblo estaba tan estenuado, que todos los dias se veian caer por las calles hombres muertos de hambre; alrededor del muro del castillo habia muchos fosos y el que ménos contenia diez cadáveres: el número de los que se entregaban á los cristianos iba sin cesar en aumento: poco les importaba ya ser muertos ó caer en servidumbre; preferible era á sus ojos ser esclavo ó morir de un sablazo á morir de hambre. Sin embargo, los progresos de ésta eran demasiado lentos á los ojos del Cid, que tenia ya prisa de acabar y temia ver llegar á los almoravides. Intentó, pues, tomar la ciudad á viva fuerza, y los patricios llegados de Valencia le afirmaron que al primer asalto se apoderaria de la plaza, puesto que habia muy pocos soldados para defenderla. En su consecuencia Rodrigo reunió sus tropas y dió el asalto por el lado de la puerta llamada la Culebra: todos los sitiados acudieron á ella. Apostados sobre las murallas, lanzaron una verdadera lluvia de flechas y piedras sobre los cristianos y aunque la lluvia era espesa y abundante no hubo flecha ni piedra que cayese en vacío. El Cid y los caballeros que le rodeaban se vieron obligados á refugiarme en una casa de

baños, que se encontraba cerca de las murallas. Entónces los soldados de Ibn-Djahláf abrieron la puerta y haciendo retroceder á los sitiadores, cercaron la casa de baños. El Cid se salió por una puertecita trasera; pero su empresa habia fracasado por completo: se arrepintió amargamente de haberla intentado y de haberse dejado engañar por los patricios de Valencia; así, firmemente decidido á no volver á entrar en este mal camino, volvió á su primera idea de conquistar por hambre la ciudad. Al mismo tiempo tomó sus medidas para llegar lo más pronto posible á su fin. Como para este efecto era necesario multiplicar en la ciudad las bocas inútiles hizo anunciar por un pregonero, que se acercó á las murallas á fin que los sitiados pudiesen oírlo, que todos los habitantes que habian caído en su poder tenian que volver á entrar en la ciudad, pues caso de no hacerlo, serian quemados; y que en adelante, todo el que saliese de Valencia sería quemado tambien.

Esta proclama sembró el espanto entre los moros de dentro y de fuera y no fué una vana amenaza; cada vez que el Cid cogia á un valenciano, lo quemaba vivo, haciendo colocar la hoguera donde los sitiados pudiesen verla. En un solo dia hizo quemar diez

y ocho de estos desgraciados, otros los hizo echar á los perros. Sin embargo, habia siempre valencianos que preferian exponerse á ser quemados ó devorados á morir de hambre, y algunos de ellos consiguieron salvar la vida, porque los soldados del Cid los ocultaban y vendian, sin que lo supiera su jefe; pero eran en su mayor parte muchachos y muchachas, en cuanto á los demás no los querian. Para recoger dinero, los soldados empleaban otro medio; cuando sabian que las jóvenes cautivas tenian parientes ricos, las hacian subir á las torres de las mezquitas situadas fuera de la ciudad, haciendo ademan de ir á precipitarlas de arriba abajo ó de lapidarlas y entónces sus padres las rescataban á condicion que se les permitiera permanecer en al-Cudia.

VIII.

Las medidas tomadas por el Cid consiguieron su objeto: el hambre llegó á ser tan horrible que los sitiados no tuvieron ya fuerzas para ir á buscar un refugio al campamento de los cristianos; y aun los soldados y parientes de Ibn Djahháf comenzaron á murmurar. Entónces Abu-Abbád y algunos otros patricios salieron á buscar á al-Watan (1), faquí muy respetado, «Veis nuestra miseria, le dijeron, y sabeis tambien que en vano hemos procurado ser socorridos, bien fuese por el rey de Zaragoza, bien por los almoravides: os rogamos que vayais á hablar á Ibn-Djahháf y hagais de modo que nuestro sufrimiento tenga término.» El faquí se lo prometió y les aconsejó que manifestasen una grande indignacion hácia el

(1) Aluadhhan.

cadí; así lo hicieron y aquél comprendió muy pronto que no podría resistir por más tiempo á la voluntad del pueblo: desde entonces se manifestó muy humilde y declaró que no se mezclaria más en los negocios públicos, abandonando al faquí la dirección de las negociaciones.

Por su parte el Cid encargó á su almojarife Ibn-Abdus que arreglase las condiciones del tratado. Convinieron en las siguientes: los valencianos enviarían mensajeros al rey de Zaragoza, le suplicarían que viniese en socorro de Valencia en término de quince días, y, si ninguno de los dos llegaba en el tiempo fijado Valencia se rendiría al Cid con estas condiciones: Ibn-Djahnáf conservaría en la ciudad la misma autoridad que en el pasado (1); quedarían seguras su persona y sus bienes, así como su mujer y sus hijos; Ibn-Abdus sería inspector de los impuestos y Muza ejercería en Valencia el mando militar (este Muza había gobernado los asuntos de Cadir mientras vivió, después de la muerte de este rey, había seguido siempre el partido del Cid, que lo había nombrado gobernador de ciertas fortalezas;) la guarnición se compondría de cristianos sa-

(1) Es decir, que conservaría el mismo empleo de cadí.

cados de los muzárabes que vivian entre los musulmanes; el Cid moraria en Cebolla; y este no introduciria alteracion alguna en las leyes de Valencia, ni en los aranceles de las contribuciones, ni en las monedas. Regulada así la capitulacion, se firmó enseguida. Al dia siguiente cinco patricios partian para Zaragoza y otros tantos para Murcia, el Cid habia estipulado que cada embajador llevaria, cincuenta dinares solamente: los que iban á Murcia, debia embarcarse en un navio cristianos que los conduciria á Denia, desde donde continuarian su camino por tierra. Los embajadores se embarcaron, pero el Cid habia dado al capitan órdenes de no darse á la vela hasta que él fuese. Cuando llegó hizo registrar á los embajadores para ver si llevaban mas de cincuenta dinares cada uno: les encontró encima mucho oro, plata y piedras preciosas, parte de estas riquezas les pertenecian en propiedad; el resto era de mercaderes de Valencia que tenian intencion de abandonar esta ciudad y querian poner en seguridad sus tesoros. El Cid confiscó todo esto y no dejó á los embajadores mas que cincuenta dinares á cada uno, segun lo convenido.

Habia tregua: los valencianos que aun tenian viveres los vendian, sacando por ellos el mayor precio posible, seguros de que el